

## LA PAZ: EL TRIUNFO DE LOS PRINCIPIOS

élder Marvin J. Ashton  
del Quórum de los Doce Apóstoles



***"Solo los que gozan de paz pueden enfrentar las acusaciones y la calumnia. La paz interior es la preciada posesión de los valientes del Señor."***

Hace muchos años oí un relato que me impresionó; lo contaré hoy con la intención de que enfoquéis vuestros pensamientos en esta importante palabra: paz. Una linda niñita ciega iba sentada en las rodillas de su padre, en un tren repleto de pasajeros. Un conocido que estaba sentado cerca le dijo al padre: "Permítame darle un descanso", y tomando a la niña la sentó en sus piernas.

Poco después, el hombre le preguntó a su hijita:

-¿Sabes con quien estas'?

-No,- respondió ella-, pero tu sabes.

Habrán quienes digan: " ¡Que gran confianza tenía la niña en su padre!" Otros dirán: "¡Que ejemplo magnifico de amor!"; Y quizás haya quienes opinen que fue un gran ejemplo de fe. Para mí, indica una combinación de todos estos principios, que crearon en la niña una invalorable paz interior. Ella sabía que estaba segura, porque sabía que su padre conocía al que la tenía en sus brazos. El amor, el respeto y los cuidados habían creado en su corazón esa paz que sobrepasa todo entendimiento; y la sentía porque conocía a su padre y confiaba en él.

En oración y pensamiento suplicamos por la paz. Mas ¿donde se encuentra? ¿Podemos disfrutar de ese don mientras a nuestro alrededor resuenan las guerras y rumores de guerras, la discordia, la maldad y la contención'? Si, podemos. Al igual que la niñita ciega, que estaba perfectamente tranquila en las rodillas de un extraño porque su padre lo conocía, también nosotros podemos conocer a nuestro Padre y obtener paz interior viviendo sus principios.

Es muy significativo el hecho de que, al salir Jesús de la tumba y aparecer a sus discípulos, los saludara diciendo: "Paz a vosotros." (Lucas 24:36). Una de las mayores bendiciones que podemos recibir no es gozar de pasión, posesiones, logros personales ni felicidad, sino tener paz interior. Nuestra confianza y nuestra relación con nuestro Padre Celestial deben ser similares a las de la niña ciega con su padre terrenal. Cuando tenemos que enfrentar el dolor, la tragedia y las tribulaciones, sería un gran consuelo si al oír a Dios preguntarnos "¿Sabes por que te pasa esto'?", pudiéramos contestarle llenos de paz: "Yo no, pero tu sabes".

La paz es lo opuesto al temor. Es una bendición que reciben aquellos que confían en Dios, y que se establece por la rectitud individual. La verdadera paz se obtiene por medio de esfuerzo y dedicación constantes; nadie que no sea fiel a lo mejor de si mismo puede tenerla; nadie que viva una mentira; nadie que quebrante la ley. La

base para lograrla es la sumisión a las leyes de Dios. La paz no se nos da; tenemos que ganarla. Es una posesión que obtienen aquellos que aman a Dios y buscan las bendiciones inherentes a ella. No es un documento; es algo que procede de nuestro interior.

El Valle del Lago Salado fue colonizado por gente que atravesó las llanuras en condiciones sumamente penosas a fin de poder adorar a Dios en paz. Atrás quedó Nauvoo, una ciudad desierta, profanada por ignorantes y encarnizados enemigos de la Iglesia. La paz había desaparecido de la Ciudad Hermosa. Enorme fue el precio que tuvieron que pagar algunos de los que nos precedieron para obtener el privilegio de adorar en paz.

Odio y paz jamás podrán morar en la misma alma. Los que se dedican a condenar, desacreditar, vituperar o denigrar a aquellos cuyas creencias son diferentes no podrán tener paz duradera; viven alimentados por el odio y quieren destruir a otros lo más que puedan. El verdadero cristiano no tiene tiempo para la contención. No se puede tener paz si se odia o vilipendia a otros. Los que promueven el encono, la burla y la mentira no se pueden llamar pacificadores, y mientras no se arrepientan, cosecharán aquello que merecen los que se dedican a esparcir el odio. Los sentimientos de enemistad y malicia no son compatibles con los de paz.

"Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estar quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo.

"No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos." (Isaías 57:21.)

Sin embargo, sólo los que gozan de paz pueden enfrentar las acusaciones y la calumnia. La paz interior es la preciada posesión de los valientes del Señor. Tener un testimonio de la veracidad de las enseñanzas de Cristo nos brinda paz en medio de la adversidad.

Hay quienes nos muestran falsas maneras de lograr la paz; son los ambiciosos que codician el poder. "No os engañéis; Dios no puede ser burlado. . . el que siembra para su carne, de la carne segara corrupción. . ." (Gálatas 6:7-8.) La paz abandona a los que sacrifican la virtud por la promiscuidad sexual. Hay quienes promueven nuevas tendencias sexuales llamándolas "un alivio para la tensión"; lo que hacen es sembrar para la carne y comerciar con lo diabólico. La iniquidad, sea cual sea el nombre o aspecto que se le de, al fin será fuente de sufrimiento y destruirá la paz interior.

Los que participan en conducta y charlas vulgares jamás tendrán paz. No seamos cultivadores de semillas ponzoñosas; más bien, nutramos las raíces de la paz en un suelo de principios justos.

El filósofo Emerson dijo esta gran verdad: "Nada puede brindarte paz, sino tu mismo; nada te brindará paz, sino el triunfo de los principios". ("Self-Reliance", en Ralph Waldo Emerson: Essays and Lectures, New York: The Library of America, 1985, pág. 282.)

La paz no es una compra a plazos; no se obtiene con el pago de una última cuota; no se logra al casarse, ni cuando los chicos empiezan la escuela; no sobreviene

cuando el ultimo hijo regresa de la misión; no se recibe al cobrar una herencia; no nos llega cuando las heridas de la muerte de un ser querido empiezan a cicatrizar.

La verdadera paz no puede depender de condiciones ni de sucesos, sino que debe surgir de un contentamiento interior basado en la confianza, la fe y la buena voluntad hacia Dios, nuestros semejantes y nuestro yo. Los que están firmemente sujetos al evangelio de Jesucristo deben nutrirla constantemente; sólo entonces puede comprender la persona que las penas y tribulaciones de la vida diaria son mínimas en vista de la bondad absoluta de Dios.

La búsqueda de una paz perdurable es algo eterno. La obediencia a la ley nos brinda paz; también la obtienen los que desarrollan su carácter y confianza.

Tenemos un nieto aficionado a la gimnasia artística, que progresa en ella y se complace en hacernos demostraciones. A medida que desarrolla sus habilidades atléticas, aumentan la agilidad y fortaleza de su cuerpo. La ultima vez que me hizo palparle los músculos, lo felicite orgulloso. Al apartarse de mi con un salto (parece que los gimnastas andan siempre a los brincos), se me ocurrió pensar que sus padres, abuelos, maestros y otras personas tenemos el deber de enseñarle una verdad fundamental: que la debilidad del carácter debe preocupar siempre mas que la de los músculos. Aunque la fortaleza y el buen estado físico son metas deseables, se necesita mucho mas que eso para lograr la paz interior. Debemos alcanzar el equilibrio y "[crecer] en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (Lucas 2:52) para alcanzar todo nuestro potencial.

No habrá paz perdurable a menos que se edifique sobre la base sólida de principios eternos como son el amor a Dios, al prójimo y a si mismo. Los que aman a sus semejantes pueden llevarles paz y felicidad a muchos. El amor es un puente hacia la comprensión y derriba las barreras del odio y la desconfianza. El amor cristiano puede llevar paz a cualquier vecindario, y con el podemos resolver los desacuerdos en el hogar y la comunidad.

Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, un alto oficial de gobierno que residía en otro país había hecho grandes esfuerzos por mantener la paz de su patria; tenía en su poder un documento firmado que la garantizaba. Haciendo negociaciones de buena fe, parecía haber logrado aquello que millones de sus compatriotas tanto anhelaban, y nos aseguró públicamente que reinarla la paz.

No obstante, muy pronto se dio cuenta de que lo hablan engañado; los hombres con quienes habla negociado eran egoístas, ambiciosos y sedientos de poder, y solo hablan tratado de ganar tiempo para afirmar su posición. Se desató la guerra.

Así aprendimos que jamas se puede lograr paz con aquellos que engañan y hacen caso omiso de los principios básicos que enseñó el Salvador. Ese tipo de sucesos hacen aun mas imperiosa la necesidad de buscar la paz interior, puesto que es inútil tratar de encontrarla fuera.

El general George Marshall dijo: "Debemos tomar las naciones tal como son, con las pasiones humanas y los prejuicios de la gente tal como son, y encontrar la manera de asegurarnos . . . un mundo de paz".

La paz debe ser el triunfo de los principios; pero el egoísmo y la impaciencia parecen obstruir la vía. Con desesperación suplicamos: "Ten misericordia, oh Señor, de todas las naciones de la tierra; ten misericordia de los gobernantes de nuestro país; permite que queden establecidos para siempre jamás los principios que defendieron tan honorable y noblemente nuestros padres, a saber, la constitución de nuestro país" (D. y C. 109:54)

El estadista Winston Churchill dijo: "Llegara el día en que. . . las naciones victoriosas planearan y edificaran con justicia y libertad una morada de muchas mansiones, donde habrá lugar para todos".

Quisiéramos rogar fervientemente que todos los líderes de las naciones grandes y pequeñas, libres u oprimidas, sepan vestirse "sobre todo, con el vínculo de la caridad, como con un manto, que es el vínculo de la perfección y la paz". (D. y C.88:125.)

Pese a los problemas de tener que refrenar déficits en los presupuestos, de los disturbios, el terrorismo, el control en la carrera armamentista, la inflación y el intento de reformar las cargas impositivas, gracias a Dios los Estados Unidos gozan de paz. Gracias a Dios por las naciones que enseñan la paz y la viven.

Gracias a Dios por los hombres dignos que se esfuerzan por mantenerla. Nuestra responsabilidad de ciudadanos es continuar promoviendo "en la tierra paz" y "buena voluntad para con los hombres". (Lucas 2:14.) Y compartimos esto con todos los que en el mundo se encuentren abocados a la causa de la paz: "Aprended, mas bien, que el que hiciere obras justas recibirá su galardón, sí, la paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero". (D. y C. 59:23.)

El individuo, el hogar, la Iglesia, la escuela y el gobierno son las instituciones fundamentales de las que depende una paz perdurable. El objeto principal de la escuela debe ser desarrollar el carácter e inculcar lealtad al gobierno, al hogar y al individuo; en eso consiste la paz, tanto interior como exterior. No hay paz que pueda perdurar a menos que este edificada sobre el sólido cimiento de principios eternos como el amor a Dios, el amor al prójimo, el amor por sí mismo. La mayoría de las personas ansían la paz, claman por la paz, oran por la paz y trabajan por la paz, pero no habrá paz duradera hasta que toda la humanidad siga el sendero que Cristo marco y recorrido. En el pecado y la desobediencia no puede existir la paz. Y si yo no la tengo dentro de mí, los que me rodean sufrirán.

Dios siente un amor especial por sus hijos que promueven y defienden la paz. El deber de los miembros de la Iglesia es inculcar en todos los que puedan la idea de que nuestra actitud y conducta pueden comunicar una cierta paz a nuestro perturbado mundo y un sentido de estabilidad en estos tiempos difíciles. Con paz en el corazón sabremos que las tendencias y la crítica del mundo no pueden alterar las verdades de Dios.

Cuando entretejemos en la tela de nuestra vida verdaderos principios de amor, honradez, respeto, carácter, fe y paciencia, la paz será nuestra preciada posesión. La paz es el triunfo de los principios correctos.

Al igual que la niñita se sentó pacíficamente en las rodillas de un extraño porque su padre lo conocía, nosotros podemos llevar una vida pacífica si conocemos a nuestro Padre y obedecemos sus principios.

Ninguno de nosotros podrá evitar las tormentas de la vida; sus turbulentas olas se interpondrán en nuestro camino de tanto en tanto. Pero las leyes del evangelio pueden llevarnos de regreso a la vía y guiamos a aguas serenas. De esto doy mi testimonio especial, en el nombre de Jesucristo. Amén.